

*Disclinaciones*

LUIS M. IRUELA

Santiago de Chile, Hebel, 2022, 90 pp.

**reseña de** Francisco Torres Monreal

Sigo pensando que la poesía, como ahondamiento en la realidad y su repercusión en el Yo, está en cualquier ámbito de lo real. El ámbito en el que nos sitúa esta obra me era un tanto novedoso. El propio autor aclara, minimizando sus resultados, que su obra, *Disclinaciones*, insiste en lo imperfecto, lo deforme, lo monstruoso, lo cruel –«porque la crueldad / persiste en la lírica» (p. 55), nos advierte. Y en algo más, en mi opinión. Se cuenta que un buen día, Picasso, visitando el arte africano del Palacio de Chaillot de París, se quedó paralizado ante sus máscaras y tótems. A un periodista, que le preguntó si consideraba bellos aquellos objetos, Picasso respondió: «No se trata de belleza, se trata de magia».

Es sabido que una parte de la poesía parte de evidencias luminosas, de la propia locuacidad de las cosas, que nos requiere e irradia destellos poéticos en sí misma: la poesía que está en el mundo antes de la mirada del poeta, según Paul Valéry. Pero existen ámbitos de la realidad más ocultos en los que la mirada escrutadora es incapaz, por sí misma, de descubrir esa belleza o esa magia a la que se refería sin duda Picasso. Cuando, en estos casos, el poeta interpela la realidad, es posible que lo haga o porque ha venido frecuentando, con conocimiento y afecto, esas parcelas del mundo, o por haberlas contrastado con deseos inconscientes, probablemente los que conforman el arsenal de lo desconocido o ignoto que debe reclamarlo. Reclamarlo y desafiarlo. El desafío que le plantea la palabra, inadecuada,

por principio y constitución, para dar cumplida cuenta de los propósitos poéticos.

Luis M. Iruela es psiquiatra y poeta de ahondamientos en el alma humana. Reúne las condiciones necesarias para discurrir con tino por ese inframundo que todos llevamos dentro; inframundo que resulta más palpable en los casos especiales con los que se ha movido su vida profesional. Por todas estas razones y suposiciones, *Disclinaciones*, que se aparta de los terrenos trillados de la poesía –incluso de la llamada poesía intimista más habitual–, me parece un texto curioso, sugestivo y estimulante. Lo es, de modo evidente, en el ámbito de la expresión léxica, en la que aparecen términos que al creador le parecen ineludibles (*espículas, corcovado, nautilo, raquis, maculatura, conticinio, pecíolo, otolito, browniano, estasis, mitocondrias...*), o en impactantes asociaciones («En el principio / fue un silencio blanco», p. 56, o esa «asombrosa planicie» de la soledad, p. 53, por poner dos ejemplos).

Este libro se extiende desde la introspección del ser humano, su origen, las fuentes de su crueldad, hasta la vida del mundo en que nos movemos sobre el que la nieve –por mencionar solo esta imagen– se muestra como fenómeno que cambia su aspecto exterior y se convierte en parábola y agente. Sobre materias minerales –cristales, espejos, azogues, descomposiciones– se alza la vida y crece la deformación y la muerte. De hecho, el libro nos encamina hacia el interior en el que puede reposar, inquietante, la pregunta agazapada, la contradicción que

define o el monstruo al acecho. «Es tan fácil la crueldad / que pronto / descendemos / a la condición / de monstruos refinados, / la crueldad / de los falsos pacíficos, / simuladores de / sentimientos sublimes, / delicados / como el orgullo, / lisonjeros / como un espejo / que embriaga de vanidad» (p. 29). O esta otra cita: «... somos luz a la par / que lógica de niebla, / solución y frontera insaciable». O esta, con la que acabo la presentación de este recuento en el que he aprendido, con emoción y sorpresa, destellos de lo humano en el mundo que nos ha tocado en suerte en el inicio de este tercer milenio: «¿Qué ha perdido / el recuerdo? / Posiblemente / el sentido verdadero / de un yo inconexo / hecho de sombras y destellos / que alguna vez se esfumó / en espejos repetidos» (p. 51).